

IDILIO III.

Con tu dulce zampoña en adelante?
 A tu sonora caña
 ¿Quién llevará sus labios? ¿Quién tamaña
 Osadía tendrá, cuando el aliento
 De tu sabrosa perfumada boca
 Respira aún el músico instrumento;
 Cuando Eco todavía
 Dentro la caña, lastimera evoca
 De tu apagada voz la melodía?
 Tu incomparable flauta
 A Pan mi mano vacilante lleva;
 Mas, por temor quizá de no igualarte¹⁵
 En el difícil arte,
 A tocarla tal vez ni Pan se atreva
 Y de sus labios trémulo la aparte.

Unidas prorumpid, en flébil coro,
 Trinacrias Musas, prorumpid en lloro.

La hermosa Galatea¹⁶
 Inconsolable gime;
 ¡Ay! ¡Cuál en otro tiempo
 La deleitaba tu cantar sublime!
 En la orilla del mar, hora tras hora,
 Junto á tí reclinada muellemente,
 La ninfa seductora
 De tus labios estabase pendiente.
 Tu cantar incesante
 No era al de Polifemo semejante.
 Los rústicos amores

IDILIO III.

Del Cíclope procaz dábanle enojos;
 A tí ¡oh Bion! calmando sus furores
 Miraba desde el mar con tiernos ojos.
 El piélagos ha olvidado;
 En la desierta arena ahora se sienta,
 Y el huérfano ganado
 Que tuyo fué, tristísima apacienta.

Unidas prorumpid, en flébil coro,
 Trinacrias Musas, prorumpid en lloro.

¡Dulce poeta! De las Musas bellas
 Contigo han muerto los divinos dones.
 De candidas doncellas
 Huyeron los hechizos virginales;
 Ya no arderán los tiernos corazones
 De jóvenes gallardos; á raudales
 Amargo lloro los Amores vierten
 En derredor de tu funérea losa,
 Y la Ciprina Diosa
 En esta hora fatal muy más te ama,
 Y más pregonas su dolor profundo,
 Que sobre el mismo Adónis moribundo.
 ¡Oh río entre los ríos clamoroso!
 Nuevo dolor te oprime, nueva pena
 De tus desdichas la medida llena,
 ¡Oh Meles¹⁷ caudaloso!
 Muerte cruel te arrebató primero
 A tu divino Homero,
 Vate fascinador, labio elocuente

IDILIO III.

De la diva Calíope; y la fama,
 Que lloraste con lúgubre corriente
 A tu hijo gloriosísimo proclama,
 Y al entrar en el piélago inclemente,
 Con la solemne voz de tus pesares,
 La inmensidad llenaste de los mares.
 Mas hoy otro hijo lloras
 Y nuevo luto á contristarte viene:
 Entrambos fueron gratos á las almas
 Fuentes inspiradoras;
 Aquel bebió las aguas de Hipocrene;
 Este apagó su sed en Aretusa:
 Aquel, la hermosa Helena y los Atridas,
 Sublime celebró, y el grande Aquiles;
 Este ignoró las guerras fraticidas,
 Solo entonó canciones pastoriles,
 Y al fragor de las armas siempre extraño
 Cantando apacentaba su rebaño;
 Y ya sus caras vacas ordeñaba,
 Ya flautas y zampoñas fabricaba;
 Del campo celebraba los placeres,
 Y los tiernos amores
 Cantaba de los cándidos pastores,
 Siempre á Cupido grato y á Citéres.

Unidas prorumpid, en flébil coro,
 Trinacrias Musas, prorumpid en lloro.

No hay ínclita ciudad que no te llore;
 No hay ¡oh Bion! un pueblo ni una villa

IDILIO III.

Que tu temprana muerte no deplora.
 Que á Hesíodo muy más, Ascra te siente,
 Y la Beocia gente
 Por tí más que por Píndaro suspira.
 Méenos lloró la pérdida de Alceo
 La amurallada Lesbos; y la lira
 De su afamado vate
 Méenos que tu zampoña extraña Ceo.¹⁸
 De Arquíloco en la muerte no se abate
 Tanto cual hoy, la montañosa Paros,
 Y á su Safo querida,
 Por lamentarte, Mitilene olvida.

Cuantos pastores, á las Musas caros,¹⁹
 Saben cantar, su dulce poesía
 Consagran á tu lúgubre memoria.
 Sicélides, de Samos honra y gloria,
 Entona tierno flébil elegía.
 De la Cidonia en medio á los poetas,
 Sus sólitos concertos
 Trueca el alegre Lícida en lamentos,
 Y del viejo Filetas
 Lloro por tí la dolorida Musa
 Al márgen del Halentes cristalino.
 También en Siracusa
 Te lamenta Teócrito divino;
 Y yo, cuitado, en tanto,
 Te ofrezco un funeral, Ausonio²⁰ canto;
 Yo, no del todo extraño á la armonía
 De los metros bucólicos, que diestro,

IDILIO III.

¡Oh llorado maestro!
A tus alumnos enseñaste un día.
De la Dórica Musa y de sus dones
Gloriosos herederos nos hiciste;
Tus ricas posesiones
A otros legaste en codiciada herencia;
A mí de tus cantares la cadencia.

Unidas prorumpid, en flébil coro,
Trinacrias Musas, prorumpid en lloro.

¡Triste de mí! Cuando en el seco huerto²¹
El apio verdeclaro se marchita;
Cuando las malvas lánguidas perecen
Y el encrespado hinojo cae muerto,
Renacen al otro año y reflorece.
Mas ¡ay! cuando una vez nos precipita
En la tumba la muerte inexorable,
A nosotros, los grandes, vigorosos,
Sabios varones, sueño imperturbable
Largo, infinito, eterno,
De la tierra en los senos tenebrosos
Fuerza nos es dormir: y miéntras yace
Tu cadáver ¡Bion! en honda fosa,
Mudo y sin notas, á las Parcas place
Que cante sin cesar la rana²² odiosa
¡Canta, rudo animal! Sin miedo canta
De que te turbe la palabra mia.
¿A quién zelos darás? ¿A quién no hastía
El graznido sin fin de tu garganta?

IDILIO III.

Unidas prorumpid, en flébil coro,
Trinacrias Musas, prorumpid en lloro.

Llega el veneno á tu canora boca,
Y en el cáliz ¡Bion! bebes la muerte.
¿Cómo tu labio toca
Y en dulcísima miel no se convierte?
¿Quién de tus bellos cantos
Insensible á los mágicos encantos,
Quién de tu grata pastoril zampoña
Sordo á la voz divina,
Mortífera ponzoña
Con alevosa mano te propina?

Unidas prorumpid, en flébil coro,
Trinacrias Musas, prorumpid en lloro.

A todos ¡oh dolor! sin esperanza
La merecida pena nos alcanza.
Yo, desdichado, en el comun quebranto
Al duelo universal úno mi llanto
Y tu muerte deploro. ¡Oh! si pudiera
Cual Orfeo²³ y Ulises elocuente,
Y que ambos ántes, Hércules valiente,
Al infierno bajar, yo descendiera
Con alma fuerte y con veloces plantas
Al reino de Pluton, á ver si cantas
En el Orco tambien, y qué canciones.

A la real Doncella²⁴
Que triste impera en la region umbría
Canta una siciliana melodía

IDILIO III.

Y un himno pastoril; que tambien ella
La zampoña tañer alegre supo,
Y el Dórico cantar la deleitaba
Cuando la suerte plácida le cupo
De vivir libre en el Trinacrio suelo,
Del rojo Mongibelo²⁵
Mirando siempre la encendida lava.
No sin la recompensa merecida
Tu canto quedará. Si el Tracio Orfeo,
Desde la negra márgen de Leteo,
A Eurídice volver pudo á la vida,
Con la dulce influencia
De su mágica lira armoniosa,
Hécate poderosa
Del canto cederá á la omnipotencia,
Y olvidando otra vez su injusta saña,
Te volverá de nuevo á tu montaña,
¡Lamentado Bion! Y si yo mismo
Templar supiera el músico instrumento,
¡Cómo entonara en el oscuro abismo,
Ante Pluton, armónico conento,
Hasta traerte, á fuerza de canciones,
De nuestra dulce vida á las regiones!



IDILIO IV.

LAMENTOS

DE

MEGARA, ESPOSA DE HERCULES.

I.

“¿Qué aflige tu alma así, madre¹ adorada?
¿Porqué la rosa huyó de tu mejilla?
¿Porqué gimes al verme, horrorizada,
Y eterno llanto en tu pupila brilla?
¿Acaso la tristeza te anonada
Porque á tu ínclita prole osado humilla
Con tormentos sin fin esclavo ingrato,
Como á leon raquíptico cervato?”

II.

“¡Pobre de mí! ¿Porqué los Inmortales
Me deshonran así? ¿Porqué me han dado
La vida bajo estrellas tan fatales
Mis padres? A un varon immaculado

IDILIO IV.

Desde que me unieron lazos conyugales,
Cual mis ojos lo adoro y he adorado;
Pero como él ningún viviente apura
El cáliz del dolor y la amargura.

III.

“Con el arco, de Apolo soberano
Regalo, y con las flechas, que homicida
Parca ó Furia² quizá puso en su mano,
A sus tres hijos arrancó la vida.
¡Padre infelice! Respirando insano
Sangre y matanza, de dolor transida
Con mis ojos lo ví (¿quién lo soñara?)
Asesinar á nuestra prole cara.

IV.

“*Madre*, con voz gritábanme doliente,
Y no me era posible á mis hijuelos
En riesgo socorrer tan inminente.
Cual tórtola que mira á sus polluelos
Devorados por hórrida serpiente
Que se arrastra furiosa por los suelos,
En derredor volando gime y llora
Quejándose con voz desgarradora;

V.

“Pero á librarlos del dragon aleve
No alcanza el lloro de la madre pía,
Que á aproximarse al mónstruo no se atreve:
La casa así en mi duelo recorría

IDILIO IV.

Con insano ademan y planta leve,
Llorando en balde á la progenie mía.
¡Oh de mi sexo tutelar Diana!³
¿Porqué no me mató flecha inhumana?

VI.

“Juntos en una pira, y entre el lloro
De solemnes exequias⁴ y el lamento,
Mis padres amantísimos que adoro
Nos colocaran con piadoso intento;
Los huesos recogiendo en urna de oro
Alzaran en la patria un monumento:
Mas ahora viven en la ecuestre Tébas,
Tristes arando las Aonias⁵ glebas.

VII.

“Y yo gimo y padezco aquí en Tirinto,⁶
Hostil Ciudad de Juno: mis pesares
No conocen alivio, ni es distinto
Un día de otro día; de mis lares
Poco miro á mi esposo en el recinto;
Errante por las tierras y los mares
Sus trabajos consuma: alma de acero⁷
O de mármol encierra el pecho fiero.

VIII.

“Y tú, Madre, como agua te liquidas⁸
Virtiéndote de continuo amargo llanto,
Cuántas noches nos manda denegridas,
Cuántos días nos da Júpiter santo;

IDILIO IV.

Y no hay de mis parientas tan queridas
Otra que me socorra en mi quebranto:
Dejaron de mi hogar los muros viejos
Y del Istmo pinoso⁹ moran léjos.

IX.

“No tengo, á la verdad, á quien la vista
Volver, y que en el trance que me apura
Mi honda desgracia á soportar me asista,
Salvo Pirra¹⁰ mi hermana; y de amargura
La llena su marido y la contrista,
Ificles, hijo tuyo sin ventura.
Tus hijos son los más infortunados,
De mortal ó de Númen¹¹ engendrados.”

X.

Así Mégara habló: y en su albo seno
Las lágrimas caían á torrentes
De su pupila, al recordar de lleno
A sus hijos, y padres, y parientes.
Tambien á Alcmena, el propio y el ajeno
Duelo, sus ojos convertía en fuentes;
Y sollozando habló de esta manera
Sábias palabras á su amada nuera:

XI.

“¡Hija adorada, por tu mal fecunda!
¿Porqué en comunicarme así te afanas
La tristeza fatal que tu alma inunda,
Las penas recordando, ya lejanas,

IDILIO IV.

Que no es la vez primera ni segunda
Que lloramos con lágrimas tempranas?
¿No basta, por ventura, á cada día
Su dosis de dolor y de agonía?¹²

XII.

“Consuélate: á nosotras el Destino
No reserva de veras igual muerte.
A compasion, querida, yo me inclino
Tan abatida y tan cuitada al verte:
Si al que nació bajo dichoso síno
En tedio al fin su gozo se convierte,
Teniendo que partir los sinsabores
De mi familia, es justo que tú llores.

XIII.

“Por Proserpina, y por la casta Céres¹³
De espeso velo y larga vestidura
Yo juro (y Diosas son á las mujeres
Terribles, cuando alguna en vano jura)
Que tanto te amo, y á mis ojos eres
Tan dulce cual si fueras criatura
De mi seno salida, y la postrera
Doncella que en mi hogar permaneciera.”

XIV

“Tú lo conoces, mi alma: y no pregones
Que consuelo te niego y que no te amo.
El dolor de una madre que perdones
Es fuerza, aunque más lágrimas derramo